

Notables efemérides literarias de 1986

Por José María OCAÑA VERGARA

Durante el año actual se conmemoran diversas efemérides literarias de innegable valor en el ámbito cultural español. A los cincuentenarios de Unamuno, Valle Inclán, Maeztu, Villaespesa, Muñoz Seca y García Lorca, que fallecieron el año 1936, unimos el recuerdo de Garcilaso de la Vega y Gustavo Adolfo Bécquer, herido mortalmente el primero en el asalto a la fortaleza francesa de Muy en Provençe el año 1536, mientras que el poeta de las *Rimas* nacía en la ciudad del Betis el año 1836. Cúmplese también el centenario del nacimiento del ensayista y filósofo Manuel García Morente.

Don Miguel de Unamuno y Jugo, el hombre de la lucha, de la contradicción y del escándalo, es, sin duda, una de las figuras más importantes de toda nuestra historia literaria. La afirmación del conde de Keyserling de que Unamuno era probablemente el español más importante desde Goya, no ha perdido vigencia. Prueba evidente de ello es el entusiasmo que su obra provoca allende nuestras fronteras y el apasionamiento con que su figura es discutida.

Unamuno fue un escritor prolífico. Compuso novelas, ensayos, dramas y poemas. En todas sus obras está patente el problema de «qué espera al hombre después de la muerte». Obras como *El sentimiento trágico de la vida*, *Agonía del cristianismo*, *Contra esto y aquello* y *San Manuel Bueno, mártir*, por sólo citar algunas, son muestras evidentes de la continua lucha interior que Unamuno libraba diariamente en su ámbito espiritual.

Don Miguel fue el gran debelador de la atonía espiritual de los españoles a los que ofreció, con su diaria insatisfacción, con su permanente espíritu de contradicción, con su total independencia, una auténtica lección viva frente al gregarismo.

La íntima necesidad de Dios le lleva, según Laín Entralgo, a una lucha despiadada consigo mismo. Pocos hombres no creyentes han buscado más sinceramente a Dios; pocos han sentido mayores ansias de eternidad.

Auténtico guía de la Generación del 98, Unamuno supo calibrar exactamente la obra de Quevedo, Cadalso y Larra como precursores de las graves inquietudes hispanas. Su pensamiento guarda numerosos puntos de contacto con el cordobés Séneca a través de las obras del autor de *Los sueños*. Su acendrado cariño por la tierra cordobesa plasmóse en un bello poema titulado «Córdoba», incluido en el libro *Poemas de los pueblos de España*:

Saavedra, Lucano, Séneca,
Córdoba,
Roma canta en la mezquita,
Guadalquivir medita

el sueño de Abderramán.
 La vida, fuerza del sino,
 juego en tragedia,
 tragedia en juego, Lagartijo;
 en las ermitas
 sestean capeadores del Señor.

Ramón del Valle Inclán

Nacido en Villanueva de Arosa en 1866, falleció en Santiago de Compostela el día 5 de enero de 1936.

Valle Inclán es el máximo representante de la prosa modernista. Supo aunar la brillantez de la forma, el exotismo de los temas, el dominio del idioma, la gracia y el sarcasmo de las imágenes que convierten sus escritos en piezas de incalculable valor lírico. Para Ortega y Gasset, Valle Inclán fue «el estilista original y, al mismo tiempo, adorador de la lengua patria».

Su entrega al arte fue heroica; en su altar ofrendó todos los sacrificios. Le enardecían la belleza, la galantería, la arrogancia, los ritos antiguos, los prestigios aristocráticos y galantes.

Su religiosidad y sus ideas políticas son siempre estéticas y superficiales. Valle Inclán fue durante toda su vida un artista: «Sé como el ruiseñor —escribió— que no mira a la tierra desde la verde rama donde canta».

Su riquísima producción literaria admite múltiples clasificaciones según la crítica más exigente. Siendo el artista más puro del Modernismo, fue también el primero que superó la fase inicial lanzándose por otros derroteros. De esta forma, barajando lo trágico y lo cómico, lo irónico y lo humorístico, lo satírico y lo burlesco, Valle Inclán llegó a una total deformación de las cosas y de las personas, como no se había conocido desde la época de Quevedo. Esta terrible deformación, que convertirá a los hombres en simples fantoches, reproduce la parte negativa de la sociedad, observada por el novelista con una lente empañada de pesimismo. Su esperpento *Luces de bohemia* puede considerarse como la más grotesca y triste visión de la España de su época.

La adscripción de Valle Inclán a la Generación del 98 es clara y lógica examinando su extensa producción. Su profundo españolismo, el realismo deformado con que presenta a los personajes o una situación, su poesía arcaizante y campesina, junto a la ironía moral y quevedesca de sus esperpentos, motivan que Pedro Salinas lo incluyera muy certeramente entre los componentes del 98. De ellos lo separan el afán crítico, el lastre intelectualista y la tendencia ideológica de los conspicuos del 98. Valle Inclán defendió el valor del arte por el arte como base clave de sus composiciones, pero en muchas de ellas hay un exacto juicio sobre la situación tristísima de España. Si no encontramos en su obra líneas directrices de manera explícita, no nos cabe la más mínima duda de que flota en todas ellas una clara sugerencia, un propósito educativo, una fina nota correctora en una prosa de decantada belleza, riquísima en la adjetivación y en las imágenes, sólo compa-

rable a las *Leyendas* de Bécquer o al mágico *Platero y yo* de Juan Ramón Jiménez.

Ramiro de Maeztu y Whitney

Nació en Vitoria el año 1874. De acusada formación inglesa, sobre un fondo racialmente español, el notable ensayista empieza como todos los de su generación haciendo ostensible el desagrado ante la España de su tiempo.

Sufrió la influencia de Nietzsche y escribió artículos en un tono exaltado, demoleedor e iconoclasta. A partir de 1913 se opera en él un fortalecimiento de sus ideas religiosas, que tiene mucho de conversión aunque nunca había dejado de ser católico. Se hizo, como él diría, «más católico». En tono exaltado y mesiánico truena contra las falsas doctrinas extranjerizantes; aboga por el retorno a los principios básicos de la nacionalidad; patria, fe, idioma, cultura; sueña con vincular a todos los países «hispanicos» de uno y otro lado del Atlántico en una tarea común de progreso y destino. En su obra *Defensa de la Hispanidad* exalta la magna empresa de España en América, al tiempo que rehabilita la tarea imperial de los siglos XVI y XVII. La Hispanidad –para Maeztu– no pretende ser una supervivencia de la política española en aquel continente, sino la conciencia común de poseer un mismo ser y la fórmula de su acción conjunta en el futuro. Se encuentran aquí ecos de Rubén Darío, autor del poema *Salutación del optimista*. El libro de Maeztu es un libro transido de emoción religiosa y patriótica.

El escritor vasco supo evadirse del recinto de la duda tan común a sus compañeros generacionistas. Su espíritu apasionado, anheloso de verdades absolutas, era incompatible con la permanencia en nada equívoco. De ahí su patriotismo y catolicismo exaltados durante los últimos años de su vida por la postración en que cree sumida a España.

Fue, al igual que Unamuno, un agitador de conciencias. Se ha afirmado que Maeztu no fue propiamente un literato, sino un consumado ensayista que pretendió defender los principios intangibles y eternos de la religión católica. Acertó a organizar brillante y personalmente el conjunto de los ideales nacionales que Menéndez Pelayo había expuesto anteriormente. Su profundo catolicismo, su innegable amor a la verdad y su entrega a la defensa de principios consustanciales con su formación lo convertirán en estandarte de un grupo numeroso de intelectuales que profesaban el tradicionalismo cultural, religioso y monárquico como norma de acción. Su preocupación por los valores formales y estilísticos es casi nula. Abominó de la exornación modernista. Aspiró a la sencillez expresiva –norma general del 98– que anima con un gran vigor apasionado. Su lenguaje es digno, macizo, lleno de jugo y alejado del énfasis decimonónico y de la afectación esteticista de algunos modernistas. Su única finalidad, al igual que Unamuno, será predicar una doctrina dejarla clavada en la mente del lector. Esto lo consigue casi siempre. Por ello su influencia ha sido muy profunda en las últimas promociones de intelectuales.

Francisco Villaespesa

Nació en Laujar (Almería) en 1877 y murió en Madrid el año 1936.

Tras sus estudios en la Universidad de Granada marcha a la capital de España donde triunfa rápidamente como poeta. Salvador Rueda y Juan Ramón Jiménez le dedicaron grandes elogios. Colabora en las principales revistas de la época y triunfa plenamente en el teatro. Recorre América en medio del éxito popular. Gana cantidades fabulosas que dilapida con la máxima rapidez. Enfermo y pobre, regresa a España en 1931, para morir cinco años después en la mayor penuria. Su gran amigo y protector César González Ruano, que lo visitaba en los últimos meses, nos ha dejado unas patéticas líneas que resumen nítidamente las dificultades del gran triunfador en otros tiempos: «Cada día vendía un mueble, una manta, una ilusión o un soneto de su juventud, que cambiaba un poco para hacerlo pasar por nuevo. Era impresionante aquella ruina de capitán de la picaresca, de príncipe mal traducido del Renacimiento».

Y sin embargo, hubo un momento, como afirma Díez-Echarri, en que pareció que Villaespesa se iba a constituir en árbitro de nuestra poesía. Armonioso, torrencial y fecundísimo, deslumbraba al gran público, sobre todo al del teatro, donde alcanzó éxitos incomparables mediante brillantes parlamentos líricos que intercalaba en el cuerpo de la obra. *El alcázar de las perlas*, donde incluía la bellísima salmodia titulada «Las fuentes de Granada», fue uno de los mayores éxitos dramáticos de nuestra época.

Parecía resurgir un nuevo Zorrilla, capaz de llevar a las tablas la grandeza de épocas pretéritas, la magia de palacios suntuosos y el esplendor de ropajes deslumbrantes. Todo el ornato del más perfecto cromatismo se exultaba por doquier en las composiciones del escritor almeriense. Sin embargo, todo fue flor de un día. El hechizo pasó pronto y Villaespesa, agobiado por apremios económicos y arrastrado otras veces por su excepcional poder de improvisación, se dedicó como antes Rueda y Zorrilla a lanzar al mercado libros y más libros de versos, que si un día merecieron el aplauso general, hoy están casi olvidados. Aquí estribó su posible fracaso. La facilidad con que triunfó, todavía cuando era adolescente, fue funesta para él. No obstante, una lectura serena de la ingente producción de Villaespesa nos presenta a un poeta de indudable inspiración y altas calidades. Su figura juvenil de «guerrero» del Modernismo, de rompedor de frentes, de guía de poetas tan jóvenes como él, quedará siempre en el recuerdo de la más imparcial crítica. Si a Villaespesa se le estigmatizó con el apodo de «Zorrilla del siglo XX», justo será consignar que contó con numerosos seguidores de su obra lírica. Muchos han sido y son los que lo veneran por poeta en la más alta sonoridad de la palabra, plena de su mayor integridad, poeta de ayer, de hoy, de mañana.

Pedro Muñoz Seca

Tan popular y fecundo como Carlos Arniches, al que no cede en inven-

tiva ni en vis cómica, si bien con menos quilates literarios, es el costumbrista don Pedro Muñoz Seca, nacido en El Puerto de Santa María y fallecido en Madrid durante el mes de octubre de 1936.

El autor gaditano cultivó un teatro abiertamente cómico. El género que lo define se conoce con el nombre de «astracán». Aunque no se tenga un concepto muy claro de esta clase de comedias, quizás lo fundamental de ellas es la falta de lógica. Ni el estudio de los personajes, ni la trama resisten un análisis profundo y, sin embargo, Muñoz Seca alcanzó éxitos notabilísimos con obras como *Usted es Ortiz*, *La plasmatoria*, *La oca*, *Los extremeños se tocan* y, sobre todo, *La venganza de Don Mendo*. Obra casi perfecta, se intentó con ella ridiculizar el tono grandilocuente del teatro poético tan en boga durante las primeras décadas del siglo y representado por obras de insufrible engolamiento. Teatro, en definitiva, eminentemente sincero en el que la sociedad descubre su ruindad y pobreza mental, mucho más al vivo que en las referidas obras de salón de Benavente.

Muñoz Seca intentó entretener y divertir a un público multitudinario, levantar admiraciones y odios, llevar a las tablas todo un período de la vida nacional parodiándolo en sus más salientes aspectos y empleando la escena como tribuna política, mucho más eficaz por cuanto utilizaba para convencer el ridículo, mezclado con la sal más gorda que se ha derramado en la escena española.

Algunas obras de manifiesta tendencia político-social se convirtieron en arma de ataque a instituciones y personas.

Al proclamarse la República escribe obras de agudísima crítica. *El jabalí*, *La oca*, *Anacleto se divorcia*, *El Ex...* y *Cataplún* son algunos de los títulos que merecieron el aplauso del público, pero la negativa de determinados grupos políticos que se vieron fuertemente atacados en ellas.

La oca —anagrama de una «Libre Asociación de Obreros Cansados y Aburridos»— satirizaba de una parte al obrero falto de formación y de otra, a ciertas asociaciones de damas carentes de comprensión humana e inteligencia. *El Ex...* ridiculiza al diputado zafio y cretino, despreciado por todo el mundo menos por sus correligionarios. *Anacleto se divorcia* es un ataque a la ley de separación conyugal que acababan de votar las cortes republicanas. Estas piezas de clara intención política y alusión personal motivaron su muerte, que tuvo lugar al comienzo de la guerra civil.

Conocida es la triste anécdota sufrida momentos antes de su fusilamiento cuando afirmó con la mayor seriedad que «sólo había una cosa que no le podían quitar: el miedo tan tremendo que tenía».

Manuel García Morente

La personalidad de don Manuel García Morente, nacido en Arjonilla (Jaén) en 1886, presenta numerosos puntos de contacto con las de Unamuno y Ortega y Gasset, de quien fue íntimo amigo y colaborador. Profundas inquietudes espirituales, acompañadas de una fortísima desazón vivencial

de tipo existencial a la manera de Chopenhauer y Nietzsche, motivaron una pérdida de fe en sus años juveniles. Posteriormente, en 1940, una nueva crisis religiosa devolvióle la fe y se ordenó sacerdote.

Estudió en Francia y Alemania y fue catedrático y decano de la facultad de filosofía y letras de Madrid.

García Morente se encuadra en la brillante nómina de ensayistas y pensadores de la generación conocida con el nombre de «Novecentismo», concepto acuñado por Eugenio D'Ors y de la que formaron parte Ortega y Gasset, Eugenio D'Ors, Américo Castro, Gregorio Marañón, Salvador de Madañaga, Julio Camba, Ramón Pérez de Ayala, Ramón Gómez de la Serna y Gabriel Miró, entre otras destacadísimas figuras del ensayo y pensamiento hispanos.

El Novecentismo caracterizóse por la sólida preparación intelectual de sus componentes, por la obsesión constante de la obra «bien hecha» y por el cuidado exquisito de la forma. La vocación magistral de todos los componentes del Novecentismo se reflejó a través de la cátedra, la prensa, la tribuna pública o parlamentaria. Su influjo en la vida cultural española fue enorme, sobre todo en la formación de las minorías intelectuales.

La obra de García Morente centróse básicamente en el campo del ensayo filosófico en el que nos ha dejado obras de excepcional valor. Fue además un consumado traductor de obras metafísicas e históricas alemanas. Publicó investigaciones originales de signo neokantiano primero, bergsonianos después. Citaremos *La estética de Kant*, *La filosofía de Henry Bergson* y *La filosofía de Kant*.

La encomiástica labor de García Morente como decano de la facultad de filosofía y letras de Madrid ha sido constantemente resaltada por sus numerosos compañeros y discípulos. Rafael Lapesa le ha dedicado páginas brillantísimas en las que destaca la obra y esfuerzo del insigne filósofo jiennense en pro de nuevos métodos para la modernización y puesta a punto del viejo caserón de San Bernardo en un centro moderno con afanes de superación y esperanzas. Los resultados fueron muy positivos y los estudios lingüísticos e históricos lograron la mayor difusión con las personalidades atrayentes de Menéndez Pidal, Américo Castro, Elías Tormo y Gómez Moreno entre otros.

García Morente sintióse atraído durante los últimos años de su vida por problemas teológicos, escolásticos e históricos. De su última etapa son libros tan esclarecedores como *Idea de la Hispanidad*, magistral y lúcido complemento de *Defensa de la Hispanidad* de Maeztu, *Introducción a la filosofía*, compuesta con Zaragüeta, y *Lecciones preliminares de filosofía*.

Federico García Lorca

El poeta granadino es, sin duda, el cantor de la Alta Andalucía. Su temperamento, el más apasionado y apasionante de la lírica contemporánea, ha merecido juicios muy contradictorios, pero altamente positivos cuando se

analiza su obra lírica y dramática. Hoy es García Lorca el dramaturgo español contemporáneo más admirado, leído y representado en el mundo. Como afirma Lázaro Carreter, a ello contribuyeron las penosas circunstancias de su muerte, pero también otras radicadas en su arte mismo.

Europa supo valorar la obra lorquiana como muestra innegable de un dramaturgo que habla de hombres y de pasiones con voz auténtica. Lorca supo restituir la tragedia griega como supremo valor dramático. Su gran trilogía *Bodas de sangre*, *Yerma* y *La casa de Bernarda Alba* representa, en conjunto, la más brillante floración trágica del teatro español del siglo XX. Sólo en Buero Vallejo encontraremos algunas notas de parecido valor.

García Lorca ha sido calificado por unos como «criatura de creación»; por otros, «poeta intuitivo», aludiendo, sin duda, a la facilidad para captar las formas poéticas de la vida; por otros, como el intérprete del alma popular en una de sus más típicas expresiones: lo gitano andaluz. Al igual que Lope de Vega, Lorca supo asimilar y expresar el alma española, sus inquietudes, sus tormentas pasionales, su humor, su poesía y su música.

Poeta trabajador, como él solía decir: «La verdadera poesía –declaraba en carta a Jorge Guillén– es amor, esfuerzo y renunciamento».

Torrente Ballester nos habla de Lorca como autor de una poesía eminentemente artística. Poeta, pues, que escribe para los cinco sentidos y con los cinco sentidos. Los poemas de Lorca se gustan, se paladean, se palpan y hasta se huelen. La poesía de Lorca entra por los ojos, oídos, por el tacto. Sensaciones múltiples y afortunadas jalonan su obra, repleta de una riquísima flora y fauna. Predominan los peces, los toros y los caballos. También como motivo constante, la luna. Y junto a estos juegos riquísimos de metáforas de increíble originalidad, metáforas recién hechas, virginales, con toda la pureza de lo que acaba de nacer. Enamorado de la imagen poética, todo su bellísimo discurso sobre Góngora fue un alegato en este sentido.

Lorca repetirá hasta la saciedad la frase de Marcel Proust: «Sólo la metáfora puede dar una suerte de eternidad al estilo». Quizás por esto, quizás por sus condiciones inigualables, Lorca sembrará su obra de recursos metafóricos que en ocasiones harán obscuro el poema. Pero siempre sus imágenes serán sorprendentes y nuevas. Por lo expuesto y por su profundo popularismo Lorca es hoy uno de los poetas españoles más leídos y admirados en el mundo entero.

Otras efemérides notables: Garcilaso de la Vega y Gustavo Adolfo Bécquer

Garcilaso de la Vega, nacido en Toledo y muerto en 1536 en el asalto a la fortaleza de Muy en Provençe, es el mejor símbolo del Renacimiento lírico español. Intimo amigo de Boscán, hizo recaer sobre él la labor de implantación de los metros y formas italianas en la poesía castellana. La intimidad dolorida del *Cancionero* de Francesco Petrarca encontrará en el poeta toledano a su más fiel seguidor. Si el poeta italiano había cantado la belleza de Laura, Garcilaso se dedicará a celebrar la perfección idealizada de

la mujer renacentista en la rubia Isabel de Freire. Soldado y poeta, Garcilaso vive por entero la primera época del Renacimiento. El poeta del Imperio habita poéticamente entre ninfas, faunos y nereidas, mientras su espíritu bélico se asocia a la empresa de Carlos I de España y V de Alemania. El ruido de las batallas alterna con las risas alocadas de las ninfas que tejen bellísimas escenas mitológicas en las orillas del Tajo.

Poeta profundamente humano y racial, Garcilaso vive y vivirá mientras exista la lengua castellana. El supo adaptar toda la magia de la naciente lírica italiana el Parnaso español. Gracias a él la lírica se enriqueció con la prestancia del endecasílabo italiano, con la estancia, la silva, el soneto y la lira, que tomó este nombre de la denominación propuesta por el poeta toledano a la canción destinada a la Flor de Gnido:

Si de mi baja lira...

Sus sonetos y églogas pasan por ser de lo mejor de la lírica española. Una innegable finura, insuperable en la expresión, y una gran suavidad en el fluir del verso corren parejas con la delicada exquisitez de los conceptos que brotan de un alma transida de pena y dolor por un amor imposible, por Isabel de Freire, la dama que acompañara a la emperatriz Isabel.

El manantial primero, como en toda auténtica floración lírica, afirma Rafael Lapesa, fue el sentimiento garcilasiano. Su riquísima materia poética estuvo constreñida por las vivencias de un espíritu agitado entre impulsos contradictorios. Junto al amor por Isabel, Garcilaso sintió un profundo respeto por la persona del emperador, pese a haber sido desterrado a una isla del Danubio por motivos ya conocidos de la crítica literaria.

Garcilaso supo encontrar en su peregrinaje lírico los moldes de la más pura esencia castellana tradicional y, al mismo tiempo, la belleza ignota del petrarquismo italiano. El autor del *Cancionero* influirá poderosamente en el poeta toledano. Transformará su energía inicial dulcificándola con una impronta proyección hacia el mundo exterior. De esta forma la poesía garcilasiana comenzará a ocuparse de la belleza del mundo exterior, de los valles y del paisaje como no se hará hasta el total triunfo del romanticismo y movimiento generacional del 98.

No han vuelto a hacerse en castellano estancias más fáciles, más abundantes, más suaves que aquellas que cantan Salicio y Nemoroso en honor de Galatea y Elisa, tras las cuales, disfrazada de bellísima pastora, aparece el rostro melancólico y purísimo de Isabel de Freire.

Junto al profundo sentimiento de los pastores destacaremos la intervención casi personal del bosque, selvas y prados que sienten al unísono los desdenes y la muerte de la amada. Una naturaleza de excepcional belleza agreste emerge de la lectura de estas églogas en las que se describen cuadros bucólicos de suprema belleza y serenidad, turbados solamente por el trinar de los pájaros, el mecerse de los árboles con la caricia de la brisa, un lejano susurro de abejas o el tranquilo movimiento de las aguas surcadas por ninfas nadadoras.

Y junto a la figura de Garcilaso, del que se cumplen este año cuatrocientos

tos cincuenta años de su heroica muerte, el recuerdo de Gustavo Adolfo Bécquer, nacido en Sevilla el año 1836.

Probablemente no ha sonado en toda la lírica española una voz más pura, más cristalina, más íntima y confidencial que la del poeta sevillano. La voz de Bécquer, tan sencilla y directa, como otrora la de Garcilaso, nos llega transida de efusión, cargada de los más hondos sentimientos del alma: amor, esperanza, celos, angustia.

Bécquer representa uno de los momentos culminantes de la lírica española. Con él la poesía se hace tersa y suave, íntima y personal a través de estrofas y metros, recursos y figuras que resisten la más severa crítica.

Sus poemas, en los que destacan las notas de sencillez, naturalidad, autenticidad y contención, se acompañan de un misterioso fluido del que parece estar impregnada toda su poesía. Una vaga música a lo Chopin acompaña por lo bajo el ritmo de su versos. El poeta parece flotar entre dos mundos, el mundo real percibido por los sentidos y ese otro de la fantasía apenas entrevisto en sueños y al que Bécquer alude tantas veces. Poesía de valor eterno como la de Garcilaso, Machado o Juan Ramón Jiménez, hitos impecederos en la historia de la lírica castellana. Esta emergió brillantísima por obra de Garcilaso de la Vega, cargóse de bellísimas formas metafóricas con Góngora y tornóse suave y delicuescente en Bécquer. Eterno camino de la lírica que siente al unísono con el hombre las angustias y las penas, las alegrías y las esperanzas. La sobriedad expresiva llega en ocasiones con Bécquer a extremos inconcebibles. «Poesías que parecen hechas de nada», diría Azorín con evidente acierto. Pero, en conjunto, obra cincelada con los mejores artificios espirituales por uno de los más excelsos poetas de todos los tiempos y de todas las latitudes.